

¿Destino sellado?

BERNARD LESTIENNE

Ayer, a pesa de la ley marcial, permanecía la esperanza, aunque mínima, de una última solución. Hoy la situación parece bloqueada, sin salida negociable. El sindicato Solidaridad, decapitado y suspendido desde hace diez meses, ya está suprimido. Como si jamás hubieran sido firmados los acuerdos de Gdansk. Se han creado nuevos sindicatos "más dóciles y más preocupados por los intereses de los trabajadores". Jaruzelski promete una vez más suspender pronto la ley marcial y liberar a los presos. Reina de nuevo el orden del Imperio en las riberas del Vístula.

Analícemos brevemente los antecedentes y evoluciones posibles de lo que es preciso llamar una prueba de fuerza y un reto a la dignidad y la paciencia del pueblo polaco. ¿Qué motivos han impulsado a Jaruzelski a encerrar al país en este callejón sin salida?

De agosto del 80 a diciembre del 81 Polonia se transforma en un vasto foro de discusión y en una gran cantera de iniciativas. La sociedad civil, a través de Solidaridad, reclamaba y en parte manejaba la autonomía de sus instituciones. El gobierno acorralado firma acuerdos y promete cambios. Hábilmente da largas y gana tiempo sin aceptar jamás el compartir en nada el monopolio del poder. La ortodoxia leninista lo exige. La crisis de legitimidad se transforma en crisis de autoridad. El golpe de Estado del 13 de diciembre pretende acabar con "la anarquía política y económica". El partido mismo, contaminado y diezmado, no tiene otra salida que el ejército para restablecer su autoridad. El restablecimiento del orden, preparado por los servicios de seguridad y la policía, fue muy controlado y eficiente, evitando todo desbordamiento y derramamiento de sangre. Todos los líderes fueron encarcelados, las libertades y derechos elementales de expresión y reunión suspendidos. La embustera zamarrería del poder hacía un llamado a todas las fuerzas sanas del país (Iglesia y trabajadores) para constituir un frente de unidad nacional.

¿Qué ha pasado entonces? A pesar de la fuerte represión y del caos económico el movimiento obrero no ha buscado el enfrentamiento. En un período de

tensión en el que amenazan la rebelión, el cinismo o el desaliento, la Iglesia, única voz no amordazada, apoyada por las instancias del Papa, ha multiplicado sus llamados a la prudencia y vigilancia. Ha exigido sin cesar la libertad de Walesa y de todos los presos, y el respeto a los derechos estatutarios de Solidaridad. La población, lejos de abandonar la partida, ha organizado la resistencia a la opresión. El Estado-Partido-Ejército se ha encontrado aún más aislado de la nación, marginado, extranjero en su propio país. La sociedad civil se ha convertido en sociedad clandestina, boicoteando a la sociedad oficial. Solidaridad se ha reconstituido (una red nacional clandestina cubre todo el país) y manifiesta de manera evidente su supervivencia. Todos los aniversarios culturales, políticos o religiosos son ocasiones para manifestarse a pesar de las prohibiciones. Circula una prensa clandestina muy abundante. Las pintas adornan las paredes de las fábricas: "un esclavo trabaja como una tortuga". En cada empresa reaparecen comisiones de Solidaridad. Los paros escalonados, interrupciones del trabajo y huelgas son numerosos y espontáneos. La vitalidad de la resistencia es manifiesta: a pesar de las severas amenazas del gobierno y de los



llamados demasiado prudentes de la jerarquía católica para que no salgan a la calle, varios cientos de miles — oficialmente! — de polacos se han manifestado en todo el país para celebrar el segundo aniversario de los acuerdos de Gdansk. La esperanza popular de un socialismo democrático y autogestionario liderizado por Solidaridad permanece vivo.

El pánico del poder frente a la fuerza de resistencia que ejerce Solidaridad en la clandestinidad explica en parte la decisión de suprimirlo. El Gobierno busca romper y dividir la oposición. Pero más allá de la lógica de los hechos, es la del sistema mismo la que arrastra esta escalada de la represión. El centralismo democrático, revisado y corregido por Moscú, es incapaz de tolerar la competencia de ninguna institución democrática. El frente de unidad nacional no ha sido nunca más que un engaño.

Este nuevo paso, aunque previsible, ha tenido el efecto de una bomba: el poder declara la guerra al país. Pretende imponer él sólo una solución que éste no quiere. No tendrá otro recurso fuera de la militarización de la vida económica y política del país. ¿Lo aceptarán los civiles del POU? A corto plazo es poco posible la prometida vuelta a la normalización. Jaruzelski habrá medido los riesgos y las posibilidades antes de lanzar su reto. Contenidas y desintegradas las primeras huelgas de reacción, cuenta quizás con que la población extenuada por el frío, el hambre y las privaciones, se someta. La Iglesia y Solidaridad, hasta ahora abiertas, aunque en vano, al diálogo y a la negociación, se sienten defraudadas y humilladas. La amargura y la cólera se desbordan. La transformación de Polonia en un "campo de trabajo" no resuelve sino que acentúa las contradicciones económicas, políticas e ideológicas que originaron las insurrecciones populares regulares desde 1956. El destino de Polonia no está sellado. Comienza una nueva etapa de resistencia y supervivencia popular, hasta el alba de una próxima revancha no lejana. Los polacos, como ya lo han mostrado, sabrán mantener vivos sus ideales de democracia y libertad.